

RAMÓN PERNAS
EN LA LUZ
INMÓVIL

XI PREMIO INTERNACIONAL DE NOVELA "EMILIO ALARCOS LLORACH"

algaida



Un jurado compuesto por Luis Mateo Díez, José María Merino, Josefina Martínez Álvarez, Juan de Lillo Cuadrado, Eugenia Rico, Ángel Basanta y Miguel Ángel Matellanes designó a *En la luz inmóvil.*, de Ramón Pernas, ganadora del XI Premio Internacional de Novela Emilio Alarcos Llorach, que fue convocado por el Centro Asturiano de Oviedo, con la colaboración del Excmo. Ayuntamiento de Oviedo y la Caja Rural de Asturias.

© Ramón Pernas, 2011
© Algaida Editores, 2011
Avda. San Francisco Javier, 22
41018 Sevilla
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54
e-mail: algaida@algaida.es
Composición: Grupo Anaya
ISBN: 978-84-9877-636-2
Depósito legal: M-14.971-2011
Impresión: Huertas, I. G.
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

CAPÍTULO I. La bella estate.....	13
CAPÍTULO II. La luna e i falò	49
CAPÍTULO III. Il diavolo sulle coline	81
CAPÍTULO IV. Prima che il gallo canti	153
CAPÍTULO V. Paesi tuoi	217
CAPÍTULO VI. Il mestiere di vivere	249
Addenda Post Escriptum	257

*Para Milagros. Siempre. Con sincera reiteración.
Para Begoña, con quien he viajado, leído y cantado.
Permanentemente en mi recuerdo.*

En la luz inmóvil del día lejano
se ha quebrado el recuerdo. La mujer ha alzado
la frente sencilla y su mirada de entonces ha reaparecido.

«Verano»

CESARE PAVESE

CAPÍTULO I

LA BELLA ESTATE

EL MUDO NO ESTÁ DE ACUERDO CONMIGO CUANDO reivindico la nostalgia, cuando me quedo quieto en medio de una conversación retrospectiva. Se sienta en el velador frente a mí y va leyendo mis labios, mueve la cabeza para los lados disintiendo, y cuando mi insistencia se torna reiteración mantenida, hace elocuentes aspavientos subiendo y bajando los brazos, braceando como un poseso. Me doy por aludido y cambio de tema. Si no modifico el discurso, toma represalias. Se va, y pasa un par de días evitándome. Así es el Mudo, maniático y contradictorio, supongo que como todas las personas.

Debería resumir en pocas líneas el contenido de este haz de páginas, al menos para franquearles la puerta de la historia de mi vida, de mi pasión adolescente que he convertido en una obsesión senil. Pero les confieso que no sé cómo hacerlo con la eficacia que pretendo.

Aquel verano leí a Pavese. Sentado junto a la galería del salón, leía cada tarde durante un par de horas los libros que padre había seleccionado siguiendo un canon errático que incluía los textos que caprichosamente elegía para mi solaz y aprendizaje.

Aquel verano de mil novecientos sesenta y siete, con quince años recién cumplidos.

Ya soy un viejo. No hace falta ser muy avisado para darse cuenta, ni siquiera mirar en derredor para percatarse. Con esta luz violeta, al caer la tarde, siento que se desploma el mundo sobre mí, y cada gozne de mis músculos se resiste a ponerse en marcha. Esto antes no me ocurría. Hacerse viejo es agrupar los recuerdos sin buscar pretextos para ello. Hacerse viejo es justificar lo cotidiano.

La memoria, maldita alcahueta, corre por el teclado buscando la novela que guarda el ordenador nuevo: la memoria tiende trampas, elabora celadas complicadas que difícilmente se descifran como propias o ajenas, como sucesores nuestros o partes del entramado de la imaginación, como vivida o leída, escuchadas o protagonizadas.

Los veranos comenzaban el día de San Juan, con el solsticio, y se prendían hogueras para iluminar la noche. Se quemaban muebles viejos, objetos inservibles, ropa... Construíamos gigantescos muñecos de trapo

con el espanto fijado en sus rostros pintados, de ojos desmedidamente saltones, que coronaban las hogueras. Los inmolábamos convirtiéndolos en ceniza, tributo que se cobraba la noche mágica recordándonos lo efímero de la estación que, a estas tierras del poniente, siempre llegaba por mar.

Desembarcaba el verano, varaba en las playas que amanecían lenta y despaciosamente. Los chavales sabíamos que aquella noche era la más corta del año, y que a partir del nuevo día, las jornadas de julio comenzaban a menguar buscando la oscuridad que se esconde en los otoños.

Ya era verano y en la verbena de San Juan estrenábamos nuestra juventud.

Al mediodía me asomé al balcón de la alcoba. Buscaba que los visillos de la galería de enfrente estuvieran descorridos, la señal que anunciaba que *ellos* ya habían llegado.

Hacía algunos años que alquilaban la casa los tres meses del estío. Yo aguardaba impaciente el momento al que ahora mismo estaba asistiendo. Y allí estaba saludándome con sus manos que movía acompasadamente mientras escribía su nombre en el aire. El reloj de la torre quiso sumarse con su alborozo de carillón metálico a la bienvenida. Devolví el cumplido y noté que me estaba ruborizando. Ella había llegado con el verano, como todos los años. Recuerdo su vestido rosa, y el reflejo irisado del cristal de los cuarterones de la

galería, provocando el efecto de un rayo de sol que, obstinado en penetrar por ese ángulo, acababa poniendo una estrella de luz en su mejilla.

Fue una visión. Ver y mirarla. Tenía quince años recién cumplidos y aprobada la reválida de cuarto. El próximo curso iba a estudiar en el instituto. Con todo el verano por delante. Había comenzado a leer a Pavese.

Ella vivía en Madrid, y durante los tres meses que duraba el verano pasaba sus vacaciones en este pueblo de la costa desde el que ahora escribo. Su padre era notario y no tenía vinculación alguna con este lugar. Lo eligió al azar, buscando esa tranquilidad casi rural que tanto gusta a los que viven en las grandes ciudades. Llegaba con su madre y dos de sus hermanos en una avanzadilla previa al viaje de su padre, que comenzaba en agosto un veraneo de casino y balandro. Vivían en el segundo piso de una casa noble prácticamente deshabitada el resto del año y que guardaba con celo exagerado un pobre hombre enjuto y desgarbado, que había sido sacristán de la vecina iglesia de donde fue expulsado por blasfemo, por amenazar a aquellos santos que no resultaban de su agrado. Ahora habitaba una suerte de chiscón en la planta baja y ejercía de guardián de la finca. Cuando era un niño, aquel hombre me infundía miedo y sin embargo me atraía conocer lo que callaba, escuchar sus silencios. A ella le conté que su vecino de residencia ocultaba un crimen espantoso que nunca fue descubierto, y los dos llegamos a creerlo de tan

bien elaborado que teníamos el asesinato perfecto que aquel pobre hombre nunca cometió. Conmigo siempre fue amable y cariñoso.

El piso alto era su casa de verano. Y su madre una mujer menuda y delicada que mi imaginación emparentó con los zares rusos, y la situaba tocando al piano las *czardas* de Monti que era a donde llegaba por entonces mi cultura musical. Era santanderina y ejercía sus labores con un refinamiento que la alejaba de los comportamientos pueblerinos a los que estaba acostumbrado. Cada tarde se vestía elegantemente para salir a pasear al malecón, allí donde la brisa levanta las faldas de quien camina al caer la tarde. Nunca, en los tres meses de estancia estival, repetía atuendo. Al andar parecía levitar de tan señorial que era su porte. Fumaba, cuando pocas mujeres del pueblo lo hacían en público, y lo que mirado desde aquí parece una cursilería casi arqueológica, así contado, a mí me parecía el mayor ejercicio de libertad posible en aquella hermética sociedad pacata y provinciana. Y verla sentada en los veladores de la terraza del casino, vestida con un pantalón y una blusa blanca, recogido el pelo con un pañuelo de colores, parapetada tras unas oscuras gafas de sol y paladeando un Martini blanco, representaba mi postal del verano.

Siempre la recordaré así a través de una imagen elegida, de una memoria frívola que elaboré para su madre.

Vuelvo a recuperarla. Allí estaba. Me saludaba tras los cristales. La estoy viendo salir del álbum de los recuerdos. Era casi dos años más joven que yo, pero escondida tras la transparencia del cristal, ya no vi a la niña, sino que miraba a una mujer.

Recorrí su cuerpo para fijarlo en mi mirada, ni siquiera reparé, creo que lo he contado líneas arriba, en su vestido rosa, fui bajando desde su sonrisa hasta el milagro reciente de unos pechos tan rotundos como inesperados, para volver a su boca y leer mi nombre deletreado en sus labios.

Abrí las puertas del balcón de par en par para decir gritando su nombre que salía como un trueno del fondo de mi garganta. La llamé y una bandada de palabras que se negaron a abandonar mi boca, chocó silente contra los cristales de su galería. Antes de desaparecer en el laberinto secreto de las habitaciones descifré una cita para aquella misma tarde a la que ella me estaba convocando.

El pueblo en el que nació está a trasmano de cualquier lugar. Ahora es muy conocido, pero en los años en los que situó esta historia, apenas lo habitaban tres mil personas y quienes pasaban los veranos eran una colonia de diez o doce familias. El paseo de los chopos era el camino para llegar a la playa, un semicírculo de fina arena que era el límite norte del pueblo. Estaba al inicio de una ensenada abierta a la ría, y la ciudad se teaba a las faldas de una montaña coronada por la ermita de un santo patrón.